

La sanadora

Toñi Gago

La sanadora

© Toñi Gago

ISBN: 978-84-9948-115-9

Depósito legal: A-495-2010

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/Decano n.º 4 – 03690 San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm e-mail: ecu@ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/ Cottolengo, n.º 25 – 03690 San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

***¡Actúa en vez de suplicar!
¡Sacrificate sin esperanza de gloria ni recompensa!
Si quieres conocer los milagros, hazlos tú antes.
Sólo así podrá cumplirse tu peculiar destino.
(Ludwig van Beethoven)***

1

Toledo, marzo de 1271

Voy a morir..., lo sé, y tengo miedo, ellos me ven valiente, altiva, sin lágrimas en los ojos, no advierten cómo tiemblo por dentro, cómo se me encoge el corazón con cada segundo que pasa. Y esta muerte me viene adelantada, no es mi momento de morir, en unos días cumpliré treinta años, o cumpliría... no tengo la seguridad de que ese día aún siga aquí. Muchos son los proyectos que quedaron sin finalizar, mas no van a permitir que continúe, mi camino ha concluido, me temen, mis palabras, mis acciones, incluso mis pensamientos producen temor en ellos, y como única salida han decidido que es el momento de cortar mi vínculo con la vida, tienen la seguridad de que con mi muerte acabará todo, no saben que hay muchos más como yo, hombres y mujeres que miran el futuro con esperanza, por mucho que lo intenten no van a poder acabar con todos nosotros, es imposible, estamos hasta donde ellos no nos ven.

He nacido en la época y el sexo equivocado. Si alguna de estas dos verdades hubiese sido diferente, mi vida sería otra, podría haber desarrollado todo aquello que ha quedado en mí por falta de libertad, de comprensión, de medios. Sin embargo, las circunstancias han sido éstas, he nacido mujer y en el siglo XIII.

En realidad no sé el momento que han dispuesto para quitarme la vida y estos últimos días... o estas últimas horas que me quedan por vivir, he decidido dedicarlas a narrar una historia, una crónica que tendrá como principio el origen de mi existencia y como final... mi muerte.

Mis padres eran cátaros, Buenos Hombres, como se llamaban entre ellos, personas inofensivas defensoras de su fe, que no estaban en contra de nada ni de nadie, tenían una vida tranquila, predicaban la austeridad, la igualdad y la solidaridad, eran cristianos, aunque tenían una visión

diferente de la fe, por ello la Iglesia les había declarado herejes y eran perseguidos y quemados en la hoguera.

Vivían refugiados en el castillo de Montsegur, uno de los escasos núcleos cátaros que sobrevivió a la cruzada promovida por el papa Inocencio III con el fin de aniquilarlos.

En el año 1209 los cruzados atacaron la ciudad de Bézier, uno de los principales focos cátaros y masacraron sin piedad a las gentes que allí vivían, hombres, mujeres y niños, sin importarles si eran herejes o devotos creyentes, fueron muertos sin ninguna compasión. El enviado papal que dirigía a los cruzados instó a éstos a ejecutarlos diciendo: “¡Matadlos a todos que Dios reconocerá a los suyos!”. Murieron más de ocho mil personas en una cruenta batalla de desmedidas proporciones.

Tras la matanza de Bézier los ciudadanos del resto de las poblaciones en las que aún había comunidades cátaras quedaron estremecidos, la mayoría de las ciudades y fortalezas que los acogían se sometieron sin poner resistencia, temían que se produjera otra masacre igual.

Después de esta batalla planificada para exterminar a la comunidad cátara, el papa instauró la Inquisición, cuya misión era eliminar totalmente la herejía, mandando a la muerte por el fuego a todos aquellos que no se convirtieran al cristianismo.

Los cátaros eran perseguidos por la Iglesia y denunciados por sus vecinos y solo disponían de dos alternativas, convertirse o vivir en la clandestinidad. Guilhabert de Castres, obispo cátaro, le pidió a Raimond de Pereille, señor del castillo de Montsegur, que les permitiera refugiarse en la fortaleza y éste aceptó siendo consciente del peligro que corría al dar cobijo a la herética comunidad. Durante unos años y gracias a las revueltas del territorio de Languedoc, los cátaros vivieron tranquilos en la fortaleza.

.....

Me llamo Blanca y nací el 10 de marzo de 1241, en Montsegur, dos años antes de que la fortificación fuera asediada por las tropas del senescal de Carcasona y del arzobispo de Narbona.

En el año siguiente a mi nacimiento, y como venganza por la gran cantidad de Buenos Hombres que habían

muerto en manos de la Inquisición, el caballero Pierre Roger, aliado y defensor de los nuestros, envió a un grupo de soldados que salieron de la fortaleza camino de Avignon en donde tenía su sede el tribunal de la Inquisición, su misión era la de asesinar a los inquisidores dominicos. El papa, indignado por el asesinato de sus monjes, decidió que había llegado el momento de deshacerse de ese pequeño grupo de herejes que aún seguían refugiados en Montsegur.

El asedio, que empezó en mayo de 1243, fue realmente duro, puesto que los cátaros son personas contrarias a la violencia y no ofrecen resistencia, la defensa quedó en manos de apenas unos cuantos soldados y algunos voluntarios de los pueblos de la zona que apoyaban a los nuestros. Los soldados y nobles simpatizantes con la causa eran los que defendían al grupo de cátaros refugiados en Montsegur.

La fortaleza se encontraba enclavada en lo alto de una abrupta montaña, lo que hacía más fácil su defensa, gracias a esta situación privilegiada del castillo se pudo soportar mejor el asedio. Los únicos accesos a la fortaleza estaban vigilados y el suministro de víveres lo realizaban los habitantes de los pueblos de la zona por rutas secretas de difícil acceso.

Viendo lo difícil que resultaba la toma del castillo, el senescal de Carcasona optó por contratar los servicios de un grupo de vascones que conocían bien el lugar para que le ayudasen a alcanzar los puntos estratégicos de defensa. Éstos se acercaron de noche a la fortaleza y tomando desprevenidos a los guardias consiguieron colocar una catapulta. El sitio duró algún tiempo más pero las ofensivas eran cada vez más sangrientas. La dureza del invierno y la escasez de víveres complicaban la situación y finalmente los cátaros decidieron negociar su rendición. Pusieron dos condiciones, disponer de unos días de tregua para celebrar su ceremonia de preparación para la muerte y el perdón de los soldados que habían defendido la fortaleza, incluidos aquellos que tomaron parte en la matanza de los inquisidores.

Los términos fueron aceptados, si bien los dominicos no iban a dejar de conseguir su fin, los cátaros que no se retractaran de su fe morirían en las llamas. Eran buenas gentes que vivían en la pobreza y ayudaban a todo aquel

que lo necesitaba y pagaron con la cruel muerte por no estar de acuerdo con todas las creencias de la Iglesia. Les dieron la oportunidad de salvarse si abjuraban de su fe, mas la mayoría prefirió morir en la hoguera que se levantó a los pies del castillo.

El 16 de marzo de 1244 la fortaleza de Montsegur capituló y los soldados que durante el asedio velaron por aquellas gentes salieron en paz, cabizbajos, apenados por la suerte de esas pobres gentes que dejaban atrás, mientras 225 cátaros se lanzaban por sí mismos a la pira ardiente, personas incapaces de cometer actos de violencia, murieron abrasados en las llamas de la intolerancia por pensar diferente, por ser consecuentes con la doctrina que predicaban.

Mi madre, María Andrú, era prima segunda de Esclaramunda de Arques, hija de Raimond de Pereille, señor del castillo de Montsegur y simpatizante con la comunidad cátara. María y Esclaramunda siempre estuvieron juntas, les unía un lazo de amistad más grande que el que corresponde al familiar. Cuando conocieron al obispo Beltrá Martí y éste les habló de la doctrina cátara, de su fe, de su pensamiento, de su moral, de su forma de vida... no dudaron que fuera la verdadera religión y las dos se convirtieron.

Mi padre, Guillem Felié, era carpintero. Se conocieron en la ciudad de Carcasona cuando mi madre y su prima Esclaramunda visitaron su taller de carpintería con el fin de encargarse un mueble, este hecho tuvo lugar dos años antes de mi nacimiento y la diferencia social que había entre ellos no les impidió amarse hasta el momento último, aquel fatídico 16 de marzo.

Cogidos de la mano avanzaron por la pasarela que separaba la fortaleza de la muerte en la hoguera, no dudaron, junto a ellos sus familiares, sus amigos, sus vecinos, todos encontraron la muerte rezando el padre nuestro y alabando a Dios.

2

A pesar de las circunstancias adversas que rodearon mi nacimiento y que no eran las que mis padres hubieran deseado para mí, recibí de ellos todo su amor y todo su cariño.

En aquellas noches de invierno, cuando las mujeres se reunían en la sala a la luz de los velones y al calor de las chimeneas, yo quedaba embelesada escuchando las melodías que salían una tras otra de las cuerdas de la pequeña arpa de mi madre. Me sentaba frente a ella y observaba cómo sus dedos acariciaban las cuerdas produciendo ese suave sonido que me hacía sentir tranquila, flotando, feliz, y cuando paraba quería más, ¿por qué motivo mi madre había dejado de tocar?, eran tan dulces esos sonidos... quería seguir escuchándolos... Entonces, cuando comprendí que mi llanto no era atendido por ella, que mi rabieta no había hecho el efecto deseado, cuando entendí que mi madre había olvidado el arpa encontrando un nuevo entretenimiento escuchando la lectura que en voz alta hacía una de las doncellas..., fue entonces cuando decidí acercarme a ese maravilloso instrumento, a ese gran juguete que había quedado al alcance de mi mano para averiguar si mis dedos eran capaces de sacarle aquellas notas que tanto me gustaban. Y... en ese momento todas las damas cesaron en sus actividades, algunas hicieron sonoras exclamaciones, otras posaron su pañuelo sobre los labios expresando sorpresa y mi madre se levantó, se acercó a mí y me sonrió. Mis pequeñas manos se paseaban por el arpa extrayendo de ella la misma música que momentos antes había escuchado de mi madre, estaba contenta con este juguete grande, había estado sentada frente a él observando cómo sacaba la música durante tanto tiempo que en mi cabeza había grabado cada uno de los movimientos de sus dedos y ahora eran los míos, pequeños y regordetes, los que se deslizaban sin mucha dificultad. Me sentía tan dichosa con el juego que no me daba cuenta de la expectación que había producido

entre las damas que se encontraban en la sala, todas ellas sin excepción se acercaron mirándome sonrientes, con expresión de incredulidad. Cuando noté que el cansancio se apoderaba de mí, dejé el arpa, miré a mi madre y le tendí mis brazos, ella me cogió entre los suyos abrazándome y me llevó a dormir.

Tenía veinte meses y no era la primera vez que mi madre notaba que era diferente a los demás niños de mi edad. Al principio pensó que lo imaginaba, cuando me veía dibujar en la arena animales que tenían mucho parecido con la realidad pensaba que era fruto de la casualidad, que posiblemente ni siquiera tenía la intención de dibujar ese perro que mi pequeño dedo perfiló en el polvo, seguramente garabateaba sin sentido y sin embargo la casualidad había hecho que el resultado tuviera parecido con la realidad. Después, cuando un día descubrió la compleja construcción que había realizado con los trozos de madera que mi padre me daba para jugar, le fue imposible contener el llanto, no podía ser que su pequeña, con tan solo quince meses de edad, fuera capaz de hacer semejante castillo. A partir de ese momento comenzó a observar mis juegos, mis respuestas, mi reacción frente a las diferentes situaciones, comprendiendo finalmente que era diferente, especial, extremadamente inteligente y perceptiva, lo que veía, lo que oía lo almacenaba y luego lo aplicaba sin ninguna dificultad. Contaba con dos años y medio cuando además de ser capaz de tocar el arpa también hacía melodías con el laúd y el organillo, era capaz de leer textos en occitano y no solo leerlos, sino también entenderlos, memorizaba poesías y las recitaba dando la tonalidad de voz requerida, era capaz de dibujar con aproximada exactitud los modelos que ponían frente a mí y podía realizar sencillos cálculos matemáticos. Mi mayor entretenimiento era la observación, cualquier actividad llamaba mi atención y siempre aprendía algo de lo que hacían o decían. Mis vecinos se sentían encantados con esa simpática pequeña de pelo oscuro que se acercaba en silencio arrastrando su taburete sentándose frente a ellos a mirar, entonces me hablaban, me relataban en voz alta el trabajo que realizaban, cómo y por qué lo hacían y mientras tanto escuchaba atentamente aquellas explicaciones que me ofrecían y después, cuando veían lo que era capaz de aprender, lo que era capaz de hacer, lo que era capaz de pensar, se quedaban asombrados y admirados.

El asedio estaba siendo duro, los habitantes de Montsegur sabían que tarde o temprano todo acabaría, que les esperaba la hoguera y los que me conocían pensaban que ese no debía ser mi fin, que había llegado a este infierno que es la vida con algún propósito, si no fuera así... ¿por qué era tan diferente... tan especial... tan poderosa?

Los cátaros creían que las almas se reencarnarían hasta ser capaces de llegar a la perfección, la cual les llevaría a la visión de la divinidad y su alma se elevaría hacia el paraíso, yo debía haber llegado a ese fin, cuando ya después de esta vida te fundes con el todo, y si había llegado hasta aquí... debía conservar la vida para poder tener el tiempo de realizar todo aquello que tenía encomendado hacer. No podía morir, debían sacarme de allí, era... el tesoro de los cátaros.

Doña Esclaramunda de Arques se reunió con los obispos Guilhabert de Castres y Beltrá Martí, con su esposo Diego de Arques y con Pierre Roger de Mirepoix, jefe de la guarnición de Montsegur, para organizar mi huida, la rendición era inminente, la situación se había vuelto insostenible y se estaban iniciando las negociaciones. No había mucho tiempo, como solución Pierre Roger de Mirepoix se comprometió a poner como una de las condiciones de la rendición la concesión de unos días de tregua que servirían para preparar la ceremonia del *consolamentum*, sacramento del perdón que los cátaros recibían antes de la muerte. En esos días se produciría la evasión.

Planificaron minuciosamente la huida, las personas que me acompañarían y el lugar al que nos dirigiríamos para asegurar que quedaba a salvo de los cruzados y de la Inquisición.

La decisión estaba tomada, me acompañarían en mi viaje Pedro Guzmán, médico toledano, Raquel Vidal, costurera, y los soldados Arthur Lacroix y Roger Arnau. También marcharía con nosotros el pequeño Pierre René de siete años de edad, hijo del capitán Ricard René. Mi destino final era España, donde la persecución cátara aún no había llegado tan ferozmente como en Occitania. Una vez en la Península nos dirigiríamos a la ciudad de Toledo, cuna de la cultura Española, donde convivían en relativa armonía cristianos, judíos y árabes.

El 10 de marzo, día de mi tercer aniversario, mis padres tras ofrecerme un emotivo abrazo y con lágrimas en

los ojos me pusieron en manos de don Pedro Guzmán. Al anochecer, ayudados por sogas, descendimos el acantilado dando así comienzo al largo viaje que nos conduciría a la ciudad de Toledo. Esa fecha tenía un gran significado para ellos.

3

Carcasona, marzo de 1239

Guillen trabajaba en un complejo mueble, se trataba de un importante encargo realizado por un rico comerciante de la ciudad de Albi, un banco tallado en madera de enebro, lo hacía entusiasmado, como siempre, su padre le enseñó bien, le había transmitido el amor a las maderas y cuando tallaba un mueble era como si tallara una escultura, cada trabajo suyo era único, gracias a ello, pese a su juventud, su fama como buen artesano carpintero se había extendido extramuros y obtenía encargos no solo de las gentes de Carcasona sino de diferentes ciudades.

Desde muy pequeño Guillen se sentaba en el taller de su padre a observar cómo de unos simples troncos de madera iba creando aquellas piezas tan hermosas. Cuando llegaba el final de la jornada ayudaba en la limpieza, mientras tanto su padre le explicaba para qué servía cada una de las herramientas con las que trabajaba, el nombre de cada instrumento, le hablaba de los distintos tipos de maderas, de cuál era la mejor para cada tipo de mueble... A los siete años tuvo su primer trabajo, pulir una pequeña mesa, y lo realizó con tanta destreza y entusiasmo que desde ese momento su padre comenzó a encomendarle pequeños trabajos que con el tiempo se fueron complicando hasta llegar a tener tanta habilidad y maestría como su progenitor. A los veintidós años Guillen se había convertido en un excelente carpintero.

Trabajaban de sol a sol, no obstante a Guillen el tiempo se le pasaba raudo, cuando llegaba la hora de recoger las herramientas se asombraba al comprobar que había permanecido tantas horas sin hacer otra cosa que tallar la pata de una silla o puliendo esa mesa que ahora lucía brillante, sin embargo, cuando tenía que realizar algún trabajo de los que a veces le encargaba su madre, como quitar malas hierbas del patio o podar alguno de los árboles

que crecían en la parte de atrás de la casa, el cometido se le hacía engorroso y no veía la hora de acabar, terminaba cansado y le cambiaba el humor.

El encargo que ahora tenía entre manos lo estaba disfrutando de una forma especial, el comerciante tan solo le dio las medidas, el resto lo dejó en las manos del joven carpintero, con lo que Guillen trabajaba dejando ir su imaginación y el resultado estaba siendo realmente satisfactorio.

Corría el mes de marzo y a pesar de que el tiempo aún era frío a Guillen le gustaba trabajar con las puertas del taller abiertas de par en par para poder así respirar el aire fresco.

Se encontraba tan inmerso en su tarea que no se percató de las dos muchachas que observaban paradas frente a él.

—Dios os guarde, carpintero, llevamos un tiempo contemplando cómo trabajáis, es un precioso mueble, ¿lo tenéis en venta?

Guillen se sobresaltó al escuchar aquella dulce voz que parecía dirigirse a él, al levantar la cabeza su mirada se cruzó con unos ojos de un verde intenso que lo hipnotizaron sin remedio.

—Mi señora... es un trabajo por encargo y ya tiene dueño.

Acertó a decir después de carraspear para conseguir que le saliera al final aquel imperceptible hilo de voz que ni él mismo escuchó.

—Buscamos a Guillen Felié, el carpintero, tenemos un encargo que hacerle —dijo la muchacha de los ojos verdes justo en el momento en que su compañera se disponía también a hablar.

—Mi nombre es Guillen Felié, vuestro humilde servidor —respondió el carpintero, dejando sus herramientas, poniéndose en pie y ofreciendo un cortés saludo a las muchachas.

María se sonrojó, pensó encontrar un viejo y curtido carpintero, su padre le había hablado de la belleza y de la originalidad de los muebles que fabricaba el tal Guillen y la muchacha se había hecho una idea de cómo sería que no encajaba con el simpático y apuesto joven que tenía frente a ella.

—Soy María Andrú, hija de Fernand Andrú, ya habéis hecho algún trabajo para nuestra casa, entre ellos un precioso arcón que ha sufrido un golpe y necesita una reparación, mi padre me ha encargado pedirlos, si es posible, que vengáis a nuestra casa con el fin de que lo reparéis in situ dado que al ser de un tamaño considerable el traslado sería engorroso.

—Sé de qué arcón me habláis..., efectivamente, recuerdo que se trataba de un mueble de gran tamaño. Informad a vuestro padre que mañana al atardecer me acercaré a su hacienda para valorar el daño.

—Así se lo diré, os esperamos entonces mañana, Guillen Felié.

—Estaré puntual en vuestra casa, doña María. Mi señora... —dijo entonces dirigiéndose a su acompañante.

—Esclaramunda, doña Esclaramunda de Arques.

Esclaramunda miraba a María y sonreía por dentro, era evidente que el muchacho le había gustado, durante el trayecto hasta el taller del artesano estuvo convenciendo a doña Esclaramunda para que fuese ella la que hablara con el carpintero.

—Os lo suplico, Esclaramunda, ya sabéis de mi timidez, no voy a saber explicar bien el encargo de mi padre —le decía María, sin embargo, no le había dado la oportunidad de pronunciar ni una sola palabra, es más, los dos se habían comportado como si ella no estuviera allí, el carpintero no había dejado de mirar a María en ningún momento y ella además de no mostrar su timidez había explicado perfectamente el motivo de la visita.

Cuando se alejaron María miró a su prima, tenía dibujada en la cara una sonrisa que le iluminaba la expresión.

—Es apuesto el carpintero, ¿no os parece?, estoy impaciente por que amanezca el nuevo día para volver a verlo —dijo María visiblemente nerviosa.

—Recordad que debemos visitar a Leonor, a la pobre no le ha sentado bien este embarazo, le prometimos nuestra compañía.

—Podemos ir hoy, Leonor estará encantada de recibirnos a pesar de no habernos anunciado —contestó con cara de compungida.

—María, sois muy astuta y siempre conseguís convencerme —contestó Esclaramunda con las manos apoyadas en la cadera—, visitaremos hoy a Leonor para que mañana podáis deleitaros con la presencia del carpintero Guillen.

—¿Disfrutaré también de vuestra compañía?

—Os acompañaré con el pequeño Juan, la doncella se ha marchado a cuidar a su madre enferma y estará fuera unos días.

Guillen no dejó de mirarla hasta que la perdió de vista al doblar una calle, luego siguió mirando a la nada durante unos minutos, hasta que se dio cuenta y siguió con su trabajo, si bien perdió la concentración, pasó el resto del día intentando quitarse de la cabeza aquellos ojos verdes que se habían apoderado de su mente. Esperaba que las horas pasaran pronto y que llegara el momento de ir a casa de don Fernand Andru, albergaba la esperanza de coincidir de nuevo con ella.

Cuando María llegó a su casa se encontró a su padre intentando resolver las cuentas de su negocio, al ver entrar a su hija en la estancia le dirigió una sonrisa, se parecía mucho a su madre, tenía el mismo pelo castaño oscuro que caía lacio sobre su espalda, los mismos ojos verdes almendrados que ofrecían una cálida mirada, junto con la pequeña nariz y los labios bien perfilados se le antojaba el rostro perfecto, mas no era su belleza lo que más admiraba en ella, sino su dulzura, su ternura y sobre todo su inteligencia, desde pequeña se había interesado por la lectura y en especial por los números, ahora, con dieciocho años era ella prácticamente quien llevaba las finanzas de su negocio.

—Padre, ya he realizado vuestro recado, he hablado con el carpintero, nos visitará mañana para ver el desperfecto, lo valorará y os informará del tiempo que necesitará y del precio.

—Confío en Guillen, dará un precio razonable y realizará un buen trabajo —dijo dejando lo que estaba haciendo para mirar a su hermosa hija.

—Cuando estuvimos en el taller tallaba un precioso mueble, entiendo que le hagáis encargos, trabaja muy bien la madera.

—En efecto, no es un simple carpintero, es un maestro, un artista, no se dedica a hacer muebles sencillos, trabaja la madera como si se tratara de una piedra y cada pieza suya es una joya, realiza tallas e incrustaciones dignas del mejor escultor.

—Padre... si Esclaramunda se encuentra haciéndome compañía, ¿podremos observar mientras realiza la reparación?, tengo curiosidad en ver cómo se las ingenia para arreglar tal desperfecto, a simple vista parece que el mueble no tiene arreglo posible.

—No me importa que observéis, si el artesano no tiene inconveniente no pondré objeciones —contestó mientras retomaba su tarea dando por finalizada la conversación.

—Gracias, padre, que tengáis un buen día —dijo María mientras se retiraba de la habitación.

María sonrió, ese muchacho le había dado una grata impresión, el pensar en volver a verlo y poder cruzar con él alguna palabra le producía un extraño cosquilleo.

Esa tarde las muchachas fueron a visitar a su amiga Leonor. La encontraron pálida y angustiada recostada en el lecho. Esperaba su segundo hijo y su salud se estaba resintiendo, este embarazo no estaba siendo igual de bueno que el primero.

Leonor contaba con veintidós años, estaba casada con Ricard René, uno de los capitanes que servían al padre de Esclaramunda que junto con su esposo se encontraban en el castillo de Montsegur, custodiando a un grupo de cáta-ros que allí se refugiaban.

—¡Ay, Leonor! —le dijo María sentándose junto a ella y ofreciéndole una dulce sonrisa—, que seguro que esta vez es una hembra lo que vais a parir, ese debe ser el motivo de que os sintáis angustiada.

—Dios os oiga y si es un varón, al menos que sea más tranquilo que el hijo que ya tengo.

—Se os ve con mala cara —le dijo Esclaramunda que había tomado asiento frente a María y Leonor—, ¿estáis comiendo bien?

—Sí, sí, lo que sucede es que mi cuerpo no aguanta nada dentro, al momento de comer siento una gran angustia, me dicen que eso le pasa a muchas preñadas los primeros meses, a pesar de que a mí no me sucedió con Pierre.

—También yo he oído lo que me decís, así pues no debéis preocuparos, la angustia se os pasará pronto, animaos un poco, demos un paseo por el jardín antes de que el sol empiece a esconderse —le dijo Esclaramunda acercándole el vestido.

Las tres jóvenes pasearon hasta que la tarde refrescó y Leonor empezó a sentir frío y a encontrarse de nuevo con malestar. Las muchachas acompañaron a su amiga de regreso al aposento, se despidieron y le aseguraron que volverían pronto...

El segundo día de la semana a Guillen se le hizo eterno, no podía concentrarse en el trabajo que estaba realizando, esta pieza le había entusiasmado desde el primer momento, mas hoy no estaba inspirado, motivo por el cual decidió trabajar en algo más sencillo que no requiriera mucha atención ya que su mente vagaba por lugares desconocidos, pensaba en María, en su sonrisa, en sus ojos verdes, y en las horas que aún le quedaban para volver a verla. Confiaba en encontrarla en la casa para poder al menos mirarla, aunque solo fuera unos segundos.

Finalmente el reloj marcó la hora, Guillen dejó el taller y se dirigió a su casa para lavarse y quitarse la ropa de trabajo, pasó tanto tiempo acicalándose que su madre se extrañó ya que su hijo era un muchacho poco presumido y se conformaba con ir aseado cuando iba a visitar a algún cliente.

Al llegar a casa de don Fernand Andrú, un criado le acompañó a la estancia en donde se encontraba el arcón, era una sala espaciosa con una gran chimenea en la que ardía un buen fuego que caldeaba todo el ambiente, frente a la chimenea lucían unos pesados sillones, a un lado había una gran mesa rodeada de lujosas sillas, al otro lado del fuego se encontraba el mueble a reparar. El criado le informó que don Fernand se personaría en unos minutos, le dejaba tiempo para estudiar el desperfecto.

Efectivamente el arcón se encontraba bastante dañado, debía de haber caído sobre él algún objeto pesado que astilló la madera por dos sitios diferentes, además se había deformado una parte de la talla que lo adornaba. Guillen estuvo observando el desperfecto desde distintos ángulos y en ello ocupaba su tiempo cuando entró en la sala María junto con su prima Esclaramunda y Juan, el hijo de ésta, un niño de unos tres años de edad que al momento se acercó a toda prisa al lugar donde se encontraba Guillen a mirar qué era lo que estaba haciendo.

Guillen notó como el corazón comenzaba a ir más rápido, la sangre le subía a la cabeza haciendo que se sonrojara, revoloteó el cabello del niño mientras le dirigía una risa burlona y saludó a las damas.

—Dios os guarde, Doña Esclaramunda... Doña María...

—Lo mismo os digo, Guillen —dijo Esclaramunda—, ¿pensáis que el mueble puede tener arreglo?, está bastante estropeado.

—Por supuesto que sí, mi señora, cierto es que ha debido de sufrir un buen golpe y está bastante dañado, sin embargo, lo podré arreglar y nadie apreciará que ha sufrido reparación alguna.

—Mi padre se alegrará con la noticia, le tiene mucho aprecio al mueble. ¿Cuándo podréis empezar a repararlo?

—Aún no he tenido tiempo de hablar con don Fernand, mas si está de acuerdo con el precio podré venir cuando termine mi trabajo en el taller, y la reparación quedaría terminada en unos tres días.

¡Tres días! —pensó María—, tres días en los que tenía que buscar la oportunidad de estar allí sin que su padre se molestara con ella, tendría que convencer a Esclaramunda para que la ayudara. No cabía en su gozo, ya vería la manera.

Mientras María pensaba en cómo convencer a Esclaramunda, Esclaramunda pensaba que su prima era un poco descarada con este Guillen, y Guillen pensaba que si no fuera tan honrado podría haber alargado la reparación al menos dos días más y así poder ver a María durante más tiempo, en eso estaban los pensamientos de los tres jóvenes cuando hizo acto de presencia don Fernand Andru.

—Guillen..., me complace volver a veros.

—El placer es mutuo, don Fernand, os agradezco que hayáis contado conmigo para este trabajo.

—¿Cómo podría no contar con vos si habéis sido su creador?, no pondría mis muebles en manos de ningún otro artesano, os lo aseguro.

—Me honráis con vuestras palabras, os garantizo que quedaréis satisfecho con el trabajo, nadie reparará en que el mueble estuvo un día dañado.

Don Fernand observaba a su hija y a Esclaramunda, las dos miraban embelesadas a Guillen, sonrió, le resultó divertido ver como las dos muchachas sin disimulo alguno se encontraban hechizadas por el joven y apuesto artesano.

—María, Esclaramunda, el pequeño Juan parece cansado —dijo mirando al pequeño que yacía dormido sobre la alfombra frente a la chimenea—, llevaos de aquí a ese pobre niño.

Esclaramunda cogió a su pequeño en brazos y tras una inclinación de despedida se retiraron.

Don Fernand estuvo de acuerdo en el precio y en el tiempo, empezaría el primer día de la siguiente semana, tras una breve conversación Guillen se marchó pensando que había conocido a la dama más bella de la ciudad y que ésta le había robado el corazón.

En la noche María no lograba conciliar el sueño, ese encantador muchacho de seductora mirada estaba produciendo en ella sensaciones que nunca antes había sentido, se turbaba pensando en él, cerraba los ojos y se imaginaba cómo sería sentirlo cerca, muy cerca, rozarse los labios..., entonces un relámpago recorría su cuerpo, se imaginaba cómo podría ser sentir que la besaba..., y con ese pensamiento aparecían mariposas que revoloteaban en su vientre, finalmente... se durmió pensando que ese muchacho le había robado el corazón.

Durante los días siguientes Guillen siguió con su trabajo obligándose a olvidar a María, se concentró en el banco del comerciante de Albi, consiguiendo al fin centrarse y seguir disfrutando de lo que tanto le gustaba, trabajar la madera.

María, sin embargo, no consiguió dejar de pensar en el joven carpintero y avasalló a su prima Esclaramunda día tras día hablándole de lo apuesto que era, de la buena conversación que tenía, de lo que le había dicho su padre sobre que era un verdadero artista, hasta tal punto que Esclaramunda que iba a casa de María a menudo para disfrutar de su compañía pensó en dejar de hacerlo durante unos días con el fin de no oír hablar constantemente del joven. Finalmente consiguió la promesa de que las horas en que Guillen trabajara en su casa estaría allí para hacerle compañía y ver el trabajo que realizaba el carpintero.

El domingo Guillen se encontraba tan nervioso que no sabía en qué ocupar su tiempo, se le ocurrió que podría tallar un regalo para María, así pues se puso manos a la obra, a las pocas horas miró con detenimiento el resultado y quedó satisfecho, había hecho un pequeño cofre de madera cuidadosamente tallado. No sabía si se atrevería a entregárselo, se lo llevaría en el jubón y esperaría que se presentara la oportunidad.

El primer día de la semana, después de cerrar el taller Guillen volvió a pasar más tiempo del que solía arreglándose antes de ir a trabajar a casa de don Fernand, su madre empezó a sospechar que en la casa del cliente al que iba a trabajar tenía por fuerza que haber alguna muchacha que era del agrado de su hijo.

De nuevo el criado lo acompañó a la sala donde se encontraba el mueble, Guillen se puso en la tarea sin demora, pasados unos minutos entraron en la estancia María y su prima Esclaramunda, tras saludarlo se sentaron frente a la chimenea, la tarde se había tornado fría y el fuego ofrecía un ambiente cálido a la gran sala, las muchachas se dedicaron a bordar. Cuando Guillen levantaba la vista del trabajo, María levantaba la suya del bordado y sus miradas se cruzaban, en esos segundos en que los ojos de él coincidían con los de ella se transmitían esos sentimientos que estaban naciendo en ellos y que crecían a una velocidad incontrolable.

Guillen no tuvo oportunidad de entregarle su regalo puesto que las muchachas no se acercaron a él, simplemente permanecieron sentadas conversando entre ellas, bordando, en algún momento se le ocurrió que podía acercarse y hablarles aunque pensó que no era oportuno ni correcto ya que a pesar de que en varias ocasiones pudo sentir sobre sus ojos la mirada intensa de María, al fin y al cabo él era un carpintero y se encontraba allí para realizar un trabajo y las jóvenes no se habían dirigido a él. Decidió que ya se le presentaría otra ocasión para volver a hablar con ella, no debía desesperar. Cuando consideró que el tiempo de trabajo del día había sido suficiente Guillen se despidió muy cortésmente y las muchachas siguieron con su trabajo.

María pasó todo el tiempo atenta a los movimientos del carpintero, se había sentado prácticamente frente a él, a pesar de parecer inmersa en la conversación que mante-

nía con Esclaramunda la realidad era otra, su mente estaba ocupada en la observación de aquel robusto muchacho de cabello rubio ensortijado, finos labios y manos ágiles que trabajaban la madera con tanta delicadeza como si de una escultura se tratara. Imaginaba que la escena era diferente, él era su esposo y ésta una tarde tranquila que pasaban en el salón de su hogar. Interrumpió sus sueños en el momento en que pensó en su padre, él tenía otros planes para ella, aumentar la fortuna familiar casándola con el hijo de algún próspero comerciante. No sabía si a Guillen le sucedía lo mismo que a ella, solo lo presentía y eso la hacía dichosa. Su padre entendería, si llegaba el momento María sabría tratar el tema y como siempre lo convencería, al fin y al cabo él solo quería su felicidad.

La mañana del martes don Fernand Andrú se levantó fatigado, hombre de esbelta complexión y salud de hierro, siempre estuvo fuerte y sano, no entendía el motivo de ese malestar que se había apoderado de su cuerpo. Decidió no ir al almacén de tejidos que poseía cerca de la muralla de la ciudad en el cual atendía sus negocios junto con dos ayudantes de confianza que trabajaban para él.

El malestar no cedía, según fueron pasando las horas el desasosiego fue en aumento, llegada la tarde se encontraba postrado en el lecho con una fatiga que no le permitía la respiración, María estaba tan preocupada que mandó un criado en busca de Isaac, el físico. Los médicos no eran del agrado de María, tres años hacía de la muerte de su madre y aún tenía clara en su mente la imagen del físico abriéndole el brazo y vertiendo su sangre en un cuenco una y otra vez, a María le parecía que con cada gota de sangre que le quitaban a su madre se le iba un soplo de vida. Intentó borrar ese recuerdo de su mente, en estos momentos solo le quedaba confiar en que los estudiosos pudieran hacer algo por aliviar el mal de su padre.

Isaac, un viejo barbudo de pelo canoso y cuerpo encorvado, llegó con la alforja repleta de instrumentos, hierbas y brebajes, María se encontraba tan nerviosa que Esclaramunda decidió sacarla de la estancia y dejó al médico y a Fernand solos. Cuando terminó el reconocimiento las muchachas esperaban en la puerta, el hombre salió con expresión seria, les informó que el corazón de Fernand se había debilitado, debía estar en reposo, tranquilo y sin sobre-

saltos, le ofreció a María unas hierbas que debía preparar en infusión y se despidió hasta el día siguiente.

Esa tarde María no apareció por la sala, Guillen trabajó solo, seguía llevando el pequeño y delicado cofre que le había fabricado en el jubón. La echó de menos, le quedaba la esperanza al menos de verla al día siguiente, era la última oportunidad que le quedaba para hablarle, para decirle que había entrado en su vida como en un sueño del que ya no quería despertar.

María se quedó dormida junto a su padre y despertó al amanecer, cuando se acercó a él para ver si se había notado mejoría no escuchó su respiración, había muerto, no era posible, no podía ser verdad, lo agarró de los hombros y lo zarandeó llamándolo a gritos.

—¡Padre! ¡Padre! ¡No es posible! ¡No podéis morir! ¡No podéis morir ahora, padre! ¡Padre! ¡No podéis dejarme sola!

El llanto de María era desgarrador, al oírla rápidamente se acercaron los criados y Camila, la doncella, ninguno de ellos consiguió tranquilizarla. Uno de los sirvientes se dirigió a casa de Esclaramunda para dar aviso del desenlace mientras Camila trataba de calmarla y apartarla del cuerpo sin vida de su padre, María lo asía fuertemente y no quería separarse de él. A los pocos minutos su prima Esclaramunda, que no había asimilado aún la noticia que le acababan de dar, llegó a la casa y la encontró llorando sin consuelo abrazada a su padre.

—... María... María... Venid aquí, mi pequeña...

Cuando María escuchó la voz de su prima se incorporó, la miró con los ojos llenos de lágrimas y el rostro lleno de pena.

—Me han dejado sola... ¿Qué voy a hacer ahora?, estoy sola..., se han ido los dos. ¿Cómo es posible que los dos me hayan dejado? —María lloraba desconsoladamente.

Esclaramunda se sentó junto a ella, era una mujer hermosa y esbelta, su largo pelo castaño lucía recogido